

M I S C E L Á N E A

Reminiscencias con Edmundo O'Gorman

SERGIO FERNÁNDEZ

Guadalajara, 2 de febrero de 1965

Querido maestro:

Su carta, en la que me habla de la exposición de Cordelia Urueta, la recibí un poco antes de haberme ido con mi tío Octavio (hermano de mi padre) unos días a San Blas, un sitio muy bello pero intensamente agresivo para un pobre universitario como yo: me picaron los moscos y me dio una espantosa urticaria al mismo tiempo, de modo que tuvimos que regresar antes de lo debido.

Yo aquí me dedico, usted sabe, a dar mi curso sobre Literatura Iberoamericana, escribiendo además a retales mi novela, me refiero a ésa de la que usted conoce algunas partes y que reprueba de una manera categórica.

Posiblemente tenga razón, pero está "in the making", de modo que la sazón final la dará el tiempo. Dice usted que le interesa la anécdota pero que el idioma se desperdiga y pierde intensidad por ello mismo. A mí me parece que tal es la aventura —desaparecer una anécdota— y quedarme así con el bello castillo de las metáforas, trabajándolas intensamente. Le sabrá a usted a vanidad, pero si Góngora minimiza un cuento, por ejemplo, en su *Polifemo*, si Ravel hace de los valeses un conglomerado indispuerto de notas; si Asturias convierte una novela en imagen, ¿por qué no intentar algo semejante? El cura quiere acostarse con la muchacha; ella se entusiasma pero después, arrepentida, lo deja con la puerta en las narices... y ya. ¿No es completamente ingenuo perseguir la "acción"? ¿A quién puede importarle que un sacerdote italiano satisfaga o no su lujuria? ¿A quién que a una linda muchacha el cura no le proporcione mayores "injurias" —diría usted— en la carne?

¿Cómo va el deslumbrante itinerario de sus múltiples Cristóbal Colón? La enseñan-

za es formidable, aún para mí, tan alejado de la historia a pesar de su Seminario y de mi poco talento filosófico. Soy el mejor de sus lectores en cuanto a asiduidad, pero le confieso que aún no registro en el magín muchas sutilezas suyas, todas en el intento de perseguir el "ser americano". Sí, qué gran lección ir en pos de una idea ya que, para usted, un hombre con vocación se redime con una sola, a la que no debe dejar marchitar. Pero su idea, querido Maestro —la de la Invencción— para fortuna suya con nadie la comparte, de modo que es suya y de nadie más. No así las inexpertas chicas (que de hecho son lobos) que a usted le rondan como las abejas al panal, en un mutuo juego de abalorios que puede sintetizarse en la palabra que tanto le gusta a Sor Juana: devaneo.

Oigo constantemente su lección en cuanto a emotividad se refiere: "Never show

your feelings." Yo ni por asomo podría intentar cumplirla. Voy a la pata la llana enseñando las entrañas al mejor postor, "caiga quien caiga", diría Orozco. Y a este respecto he ido una y otra vez a verlo. Las reparaciones en el Hospicio son formidables (los hongos han desaparecido) y he tenido la fortuna de subir al andamiaje para ver *El hombre en llamas* cara a cara. Nada se ve; son manchones de lujo y por eso sin embargo se sienten las llamas del infierno. Es el genio plástico de nuestro siglo, no Picasso.

Me despido para no cansarlo. Déle saludos a Toño, a los gatos encaramados en la mesa del comedor y, por supuesto, a Gloria. Estuvo conmigo encantada; a mí me parece que sin dejar de haberlo estado es una mujer encantadora. Keep her, dear Professor; keep her closely a pesar de sus sentencias británicas para mí, repito, inalcanzables.

Con todo mi cariño,

Sergio Fernández

(Esta carta, por alguna razón ya olvidada o por olvido, jamás fue enviada a su destinatario. La encontré hace unos días, relejando correspondencia. Valga, en su favor, la intrepidez de mi edad y también el orgullo de haber tenido un corresponsal como Edmundo O'Gorman, el hombre más deslumbrante que he conocido nunca.) ♦

